

en los análisis y enseñanzas del actual Papa, y que anteriormente presidieron sus reflexiones antropológicas como profesor universitario.

Los conflictos y soluciones que presentan la relación entre capital y trabajo son abordados en el capítulo tercero. Después de explicar la génesis del conflicto, estudia el valor del trabajo que en el pensamiento del Papa constituye la clave para entender la cuestión social.

El capítulo cuarto contempla: 1) los principios de la convivencia —solidaridad, justicia, igualdad—, 2) la importancia de los núcleos básicos para la organización social: familia, grupos sociales, organización económica etc., 3) los conceptos que vertebran la organización política: patria, nación y estado, para terminar exponiendo 4) los fines de la comunidad: progreso, desarrollo y planificación.

Finalmente, el capítulo «El destino universal de los bienes» resume la doctrina acerca de la propiedad sobre los bienes de la tierra. Resulta muy ilustrativa y didáctica la explicación que hace el autor del concepto «hipoteca social» frecuentemente utilizado por Juan Pablo II refiriéndose al alcance de la propiedad privada.

En resumen: se trata de un libro útil para cualquier estudioso de la Teología moral católica en sus aplicaciones sociales.

Rafael Hernández Urigüen

José Luis ILLANES, *Espiritualidad sacerdotal*, Ed. Rialp, Madrid 1999, 140 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3246-2.

En el dominio de la teología espiritual, hablar de la diversidad de espiritualidades es una cuestión común-

mente admitida. El presente ensayo, destinado a la colección de la *Biblioteca de Iniciación Teológica*, aborda una de las acepciones del vocablo espiritualidad, que es la espiritualidad sacerdotal.

La cuestión está enmarcada dentro de otra cuestión de carácter más global: si la espiritualidad cristiana es una, porque hay un solo Evangelio, un solo Dios Padre, un solo Cristo, un mismo Espíritu, ¿qué alcance hay que conceder a la variedad de espiritualidades?, ¿qué debe entenderse por espiritualidad?

Ciertamente la santidad es siempre y en todo caso participación en la vida de Cristo bajo la acción del Espíritu, pero «la trascendencia del paradigma de la perfección cristiana, Cristo mismo, implica y fundamenta una pluralidad de itinerarios confluyentes todos en la única meta: Cristo, y en Cristo y por Cristo, Dios Padre» (pp. 16-17). «De ahí la existencia, dentro de la inabarcable diversidad de itinerarios personales, de cauces o caminos que resultan de algún modo comunes y que dan origen a estilos de vida espiritual con rasgos determinados. Y en consecuencia, de espiritualidades en el sentido que da al vocablo la teología reciente» (p. 18).

Para el autor, es no sólo posible, sino necesario hablar de diversidad de espiritualidades. Su diferenciación obedece a tres criterios o perspectivas básicas: El primero es el de espiritualidad en cuanto realidad de origen carismático; el segundo es el que resulta de los contextos geográficos, culturales, eclesiológico-históricos; y el tercero es el de la diversidad de funciones, ministerios y situaciones en la Iglesia y en el mundo. Es en este último sentido en el que se encuadra la espiritualidad sacerdotal, laical, del trabajo, matrimonial, etc. Desde esta perspectiva es donde tiene plenamente razón de ser la espiri-

tualidad sacerdotal, que debe ser vista (de modo análogo a la espiritualidad laical o la religiosa) no como especie dentro de un género, sino como una modalización de la única espiritualidad cristiana.

En el capítulo siguiente, el autor señala que el sacerdocio común y ministerial, junto con la acción del Espíritu Santo configuran las tres posiciones básicas en la Iglesia: laicos, sacerdotes y religiosos. Cada una de ellas coopera desde su propia perspectiva a la misión de la Iglesia y se comprenden dentro de ella. «Sólo pues desde la Iglesia, considerada en su conjunto, —remarca Illanes— cabe ahondar, con posibilidades de éxito en el problema de la diversidad de vocaciones, funciones y ministerios» (p. 61).

Presupuesta esta introducción eclesiológica, el conjunto del libro está dedicado a tratar en concreto la espiritualidad sacerdotal. Tras apuntar brevemente a los problemas metodológicos que plantea ese concepto a la reflexión teológica, el autor señala que «el mejor camino para describir la espiritualidad sacerdotal es exponer y desarrollar una teología del sacerdocio» (p. 71). A partir de la teología reciente y de documentos magisteriales como *Presbyterorum ordinis* y *Pastores dabo vobis*, el autor pone de manifiesto los puntos, a su juicio, capitales de dicha teología:

—La identidad del sacerdocio ministerial como participación del sacerdocio de Cristo, con un especial énfasis en la condición de Cristo como Cabeza y Pastor de la Iglesia: el sacerdocio ministerial se inserta en el proceso de la comunicación vital de Cristo al cristiano. El sacerdote (obispo y presbítero) es instrumento del que se sirve el Señor en la Iglesia para hacerse presente en ella y comunicarle su vida.

— La configuración con Cristo Cabeza y Pastor mediante el sacramento del Orden, connota en su núcleo una referencia a la Eucaristía, pero se extiende a todo su ser y su obrar; el ministro representa a Cristo como fuente de vida, pero también como pastor, y por tanto en referencia al conjunto de toda su actividad en favor de la comunidad cristiana.

— Por todo ello el sacerdocio posee un carácter de relación. En primer lugar está referido a Cristo: todo cristiano remite a Cristo como vida recibida y comunicada, pero el sacerdote, remite a Él como «vida en proceso de comunicarse» (p. 89). De modo derivado, pero inseparable, está referido a la Iglesia (en realidad, ambas son como dos direcciones de la única y misma relación del sacerdote con Cristo). Y finalmente dice relación con el colegio episcopal y al orden de los presbíteros (no como un tercer punto de referencia, sino más bien como explicitación «de la estructura que por voluntad de Cristo posee el sacerdocio ministerial» (p. 93).

Esta breve síntesis del núcleo teológico del sacerdocio ministerial ofrece la base en la que se asientan los rasgos definitorios de la espiritualidad sacerdotal. Todo ello sin olvidar que el sacerdocio ministerial presupone el bautismo porque la espiritualidad sacerdotal no puede ser concebida como un todo cerrado en sí mismo, sino como realidad abierta que remite a la dinámica espiritual de todo cristiano.

El eje, el principio informador y constitutivo de la vida espiritual del sacerdote es, por tanto, la caridad pastoral, que supone una «enérgica llamada a la configuración personal con Cristo, ya que la consagración sacerdotal y las posteriores acciones ministeriales reclaman (...) una participación vital

en la comunicación de la gracia» (p. 107), y «una no menos enérgica invitación a reconocer que esa configuración con Cristo implica un temple de alma —un estilo espiritual— que se articula existencialmente (...) en el amor que Cristo como Cabeza tiene a su cuerpo, que es la Iglesia» (id.). La caridad a la que todo cristiano está llamado, se «personaliza» en el ministro de Cristo como caridad pastoral, como participación del amor con que Cristo da la vida por la Iglesia. La caridad pastoral —en cuanto caridad y en cuanto pastoral— «tiene así una función arquitectónica respecto a toda reflexión en torno a la vivencia espiritual del sacerdote» (p. 108).

Junto a la caridad pastoral el autor menciona una serie de actitudes que la prolongan, y que terminan de perfilar la espiritualidad sacerdotal. Entre ellas hace referencia al sentido del don, a la conciencia del señorío y trascendencia de Cristo (y de la trascendencia de lo que se opera a través del ministerio), al afán de santidad, a la responsabilidad eclesial, la disponibilidad y, finalmente, la colegialidad y fraternidad sacerdotales.

El último capítulo extrae las consecuencias prácticas de lo expuesto hasta aquí. Trata, en efecto, de mostrar cómo esa vida espiritual se articula y toma cuerpo en el efectivo ejercicio del ministerio sacerdotal y, a la vez, cómo el ministerio se convierte en fuente de vida espiritual.

Las consideraciones del autor ofrecen una perspectiva clarificadora sobre un tema que ha sido objeto de abundante literatura teológica en los últimos decenios. Tras aludir a enfoques incompletos anteriores al Vaticano II que presentaban una vida espiritual superpuesta al ministerio, o un ministerio

como obstáculo para la vida espiritual, se hace notar la virtualidad santificadora del ministerio, ya sea en cuanto ministro de los sacramentos y de la palabra, o en cuanto preocupación pastoral por la comunidad. Siempre el contenido es Cristo, que es en el Espíritu Santo, fuente de santidad. Tal es el fundamento de la llamada a un dinamismo espiritual en el cual esa realidad objetiva es asumida real y efectivamente por el sacerdote (p. 127). Esto conduce al «problema de la apropiación existencial de los valores que el ejercicio del ministerio de por sí, objetivamente connota» (p. 128), y, también, a la posibilidad de una discordancia entre la santidad objetiva de lo que el ministerio es, y la falta de santidad personal del ministro. Pero —señala el autor— esta posibilidad no justificaría la propuesta de un ideal de santidad al sacerdote que requiera ayudas espirituales extrañas al ministerio. La llamada a la santidad «no connota en modo alguno una llamada a trascender la condición cristiana y sacerdotal —y, menos todavía, a considerar como un obstáculo las tareas que esa condición implica—, para, desde fuera de ella, buscar apoyos o ayudas que hagan posible un crecimiento espiritual; sino, al contrario, una invitación a ir a lo hondo de la personal condición sacerdotal y cristiana» (p. 131), para asumir los valores contenidos en ella. Y esa profundización, insiste Illanes, es existencial, personal.

Aquí es donde se insertan las actitudes que hacen posible el progreso de la vida espiritual (conciencia teológica, humildad, desprendimiento, disponibilidad ante los planes divinos, etc.), y de otra, las ayudas de carácter ascético (vida eucarística, *lectio divina*, ratos de oración, devoción a la Virgen, etc.). El recurso a los medios ascéticos —insiste el autor— no debe ser entendido como

un reconocimiento de una supuesta insuficiencia santificadora del ministerio, sino más bien como un itinerario que contribuye a que el sacerdote capte con hondura lo que implica la condición sacerdotal, abriéndose así a la acción del Espíritu Santo y al encuentro efectivo con Cristo.

Nos encontramos, a nuestro parecer, ante una obra en la que José Luis Illanes ha conseguido sintetizar en pocas páginas los trazos fundamentales de la teología espiritual del sacerdocio, sobre el que, como es bien sabido, la literatura contemporánea ha alcanzado un volumen más que considerable. La lectura atenta de esta obra proporciona un esquema sólido, de gran vigor teológico, abierto, que suscita y sugiere perspectivas, que orientarán eficazmente a quien se inicia en el estudio de esta materia.

Juan Francisco Pozo

Odd Inge LANGHOLM, *The Legacy of Scholasticism in Economic Thought, Antecedents of Choice and Power*, Cambridge U. Press, Cambridge 1998, 215 pp., 14 x 24, ISBN 0-521-62159-3.

El autor, de nacionalidad noruega, ha sido profesor de economía en el «Norwegian School of Economics and Business Administration» de Bergen, desde 1966. Es especialista en el ámbito de la historia del pensamiento económico medieval y ha dirigido su atención, en particular, a las bases históricas de la ética económica y de la teoría del valor. Entre sus publicaciones se puede destacar *Economics in the Medieval Schools. Wealth, Exchange, Value, Money and Usury according to the Paris Theological Tradition 1200-1350* (E.J. Brill, Leiden-New York-Köln 1992), una de

las monografías más sólidas, por su rigor y por el amplio estudio de fuentes que ofrece, sobre las doctrinas económicas de la escolástica parisiense.

En continuidad con esa trayectoria investigadora y como fruto de ella, el Prof. Langholm ofrece en el presente libro lo que a su juicio constituye la enseñanza o aportación principal de la Edad Media al pensamiento económico. Para mostrar ese legado procede a estudiar el concepto de libertad económica en los géneros de la teología de las escuelas, ayudándose en su caracterización de un punto de contraste: la evolución posterior del concepto en la Edad Moderna, especialmente a partir del pensamiento de T. Hobbes sobre la justicia.

El libro consta de tres partes, que van precedidas de una introducción y seguidas de una buena sección bibliográfica, así como de un índice onomástico que resulta de gran utilidad. La primera parte se propone poner de manifiesto las raíces del pensamiento escolástico sobre la cuestión, deteniéndose en el análisis del binomio coerción-arbitrio en tres tradiciones antiguas: el pensamiento aristotélico, el Derecho romano y una tercera que comprende, a su vez, la doctrina agustiniana, las glosas canónicas al Decreto de Graciano y, finalmente, la obra de Lombardo, con los primeros comentarios que preceden a Tomás de Aquino.

La segunda parte se centra en análisis de los conceptos de necesidad y coerción en el período escolástico, en torno a cuatro áreas temáticas: los préstamos y la usura, los precios y la manipulación del mercado, la aplicación de tales categorías a la persona del comprador y del vendedor y, por último, a la relación de trabajo y a los salarios. El autor pone de manifiesto que la necesi-